A CUBIERTO

David Hernández de la Fuente

nowtilus

Reunido en la ciudad de Valencia el dia 27 de septiembre de 2010 el Jurado Calificador del premio "Valencia" de Narrativa en castellano, patrocinado por la Institució Alfons el Magnànim de la Diputación de Valencia, presidido por Dª María Jesús Puchalt, Diputada Delegada de la I.A.M., y compuesto por los vocales D. César Gavela, D. Miguel Herráez, D. Francisco Morales, D. Jose Vicente Peiró y D. Jose Luis Torres, acordó por unanimidad otorgar dicho premio a la obra *A cubierto*, de la que resultó ser autor D. David Alejandro Hernández de la Fuente.

Colección: Narrativa
www.nowtilus.com

Título: A cubierto
Autor: © David Hernández de la Fuente

Novela ganadora del Premio Alfons el Magnànim de Narrativa en Castellano 2010 de la Diputación de Valencia.
Editado por Ediciones Nowtilus S. L. de acuerdo con la Institució Alfons el Magnànim.

Copyright de la presente edición © 2011 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com
© 2010 Diputación de Valencia - Institució Alfons el Magnànim
www.alfonselmagnanim.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Diseño y realización de cubiertas: *Opalworks* sobre imagen de © *Jose AS Reyes*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9967-185-7
Fecha de publicación: Abril 2011

Printed in Spain
Imprime: Gráficas Díaz
Depósito Legal:

Nada hay a cubierto que no llegue a descubrirse; nada hay oculto que no llegue a saberse.

Mateo 10, 26

Cuddle up baby.
Cuddle up tight.
Cuddle up baby.
Keep it all out of sight…

Undercover (1983)
The Rolling Stones

Prólogo

Esta nueva selección de documentos bajo el curioso título de *Un raro fuego* me lleva a volver, aún una última vez, sobre aquel caso penal que resultó en su día objeto de interés público y discusión médica y académica a la vez. Muchos se preguntarán por la necesidad de añadir todavía más información a todo lo que rodeó la historia de G. G. F. –la primera de una serie de casos análogos– desde que ocupara las portadas de los periódicos a finales de 200*. Sin embargo, a cierta distancia personal de este asunto, me ha parecido oportuno poner a disposición del lector todos estos materiales misceláneos. Lo que contienen estas páginas, en fin, es un epílogo necesario al relato de los hechos que constan en el sumario del asunto, sobre el cual ya fue dictada y ejecutada sentencia en su momento.

Cuando decidí retirarme de la abogacía, tuve que afrontar la desagradable tarea de desmontar un despacho de abogados que había estado vivo durante más de sesenta años. Entonces me encontré ante una enorme tarea, la definitiva disección, autopsia y sepultura de los restos mortales de aquel viejo gigante, de sus archivos y papeles polvorientos. Entre ellos se encontraba el expediente del señor F., ya convenientemente olvidado por la administración de justicia y por los medios de comunicación. Lo que en principio parecía un caso usual de divorcio había inundado el bufete de notas personales enviadas por el cliente para apoyar su causa. El ejercicio de la profesión legal me permitió así disponer de unos materiales que de otra forma nunca hubieran visto la luz.

Antes de presentar el texto hubo que realizar una labor de selección y organización de la que se ha desterrado todo añadido o artificio literario. Las notas están numeradas y publicadas por orden cronológico. Las de los dos primeros cuadernos, en la medida en que esto fue posible (salvo la primera nota, que no tenía ningún indicio de fecha y era inclasificable); las del último cuaderno

siguiendo la propia datación del autor, con los riesgos que esto puede conllevar. En ocasiones he intentado corregir alguna frase difícil, redactar de nuevo una palabra de caligrafía dudosa o ajustar la sintaxis de algún pasaje imposible. Cualquier error u omisión es, naturalmente, imputable al que suscribe, pero no hay retoques piadosos: la realidad es tan cruda que sólo me he permitido introducir algunos comentarios al texto y agregar algunos materiales extraídos del ordenador personal de G. G. F.

No es de esperar ningún argumento o tesis aquí, como es costumbre en otro tipo de testimonios al uso. Tal vez el filósofo, el psicólogo forense o cualquier estudioso del comportamiento humano puedan obtener de ellas los rasgos de un retrato sociológico. Pero, lejos de todo esto, mi propósito no ha sido otro que hacer pública una historia verdadera. En los últimos años, la violencia contra las mujeres se ha adueñado de nuestras vidas en todos los ámbitos y ha ocupado un espacio ambivalente en la memoria colectiva. Es quizá la batalla final de una sociedad que se está destruyendo a sí misma. Y, como una gesta cruel, antigua y sanguinaria, tal vez también merezca su epopeya. Sospecho que los papeles de G. G. F. bien podrían ser considerados así.

J. Gómez del Rosal. Madrid, julio de 201*

UNO

1

En aquellos días, cuando esperaba que llamaran a la puerta, vivía encerrado con ella, por ella, en ella. Y antes todo era más físico. Sentía su cosquilleo por dentro, en su chalé translúcido.

A orillas del río negro, junto a las torres donde escapar de nuevo, desde ellas veía... Las aguas, torrentes, huían lentas prisioneras. En torno a estas orillas, río arriba, vivió y amó mi mujer espigada y cruel. Fue como un ejército invasor. Todos los pueblos vecinos la odiaban. Ocultaba armazones de metal oxidado con los que se complacía en contaminar las aguas para envenenar a los incautos que bebían del río negro. A mí me emponzoñó el corazón ese amor contra corriente de hace tantos lentos años. No pude superarlo jamás. Ese amor antiguo, vieja cicatriz adolescente, me sigue molestando donde ardía. La llaga interior. Las carnes del revés.

Espero con ansia el nuevo eco que transporta, el que no acaba por llegar. Vienen por mí. Y el fantasma de su hijo ya me rodea otra vez. Es un pequeño demonio con el pelo encrespado que corretea a mis espaldas, mientras aguardo que llegue la corriente que me llevará. La dulce espera. Su madre me hace burla por dentro de la marquesina irreal, de metal y vidrio, que nos separa en cajas concéntricas. Sé que ha llegado el momento de separarme definitivamente de ella, de despegarme de su piel. Esta espera antes del tormento es la señal que estaba esperando para ponerme a escribir y consignarlo todo por escrito, para que quede constancia del pasado. Lo más difícil de todo, contrariamente a lo que pueda parecer, no es adivinar el futuro, sino predecir el pasado.

El baile demónico del pequeño que ejercita su joven cuerpo es rápido y cruel. Mientras anoto fugazmente estas impresiones,

ya cae sobre mí el soplo malo, la corriente que me arrastra hacia ese río de perdición, hacia las anotaciones rápidas y los juramentos que me identificarán para siempre. Jamás seremos nada sin esta materia que queda impresa en el papel, palpitante como la carne. El genio efectúa un par de giros acompasados a uno y otro lado de mis sienes y luego se agita en un tictac enloquecedor. Nunca había visto a un niño moverse así: la madre ríe y derrama sus aguas de nuevo, para envenenarme del todo por dentro, como ya hizo en otra parte. Por fin el movimiento se detiene y veo a la madre, que sale por un momento de su escondrijo intestinal para desvanecerse en la corriente en las más leves circunvoluciones del demonio que se llama amor. Mucho más aterrador que luchar contra sus desafíos es la revelación. Los siento alejarse en el vientre de ese río maldito que corre hacia mis entrañas.

En aquellos soleados días, aún esperaba una voz desde dentro. Me llamaron desde el otro lado. Aún me pregunto cómo pude digerir toda esta historia.

2

He notado que después de toda la ira, mi mujer encontró un momento para maquillarse cuidadosamente y recomponer su hermoso rostro. Hizo que su mirada fuera aún más evocadora que de costumbre, gracias al sabio uso de la sombra de ojos y de la irritación que le habían producido las lágrimas. Parecía que al fondo de las pupilas había un camino de centellas luminosas. Era, sin duda, su manera de afrontar la vida la que le había llevado a esa manifestación de heroísmo que fue nuestra pelea conyugal.

Esta vez yo era más denso y lo llamaron abandono de hogar. Ni siquiera Teseo el cruel abandonó nunca a Ariadna con un hijo sobre las rocosas playas de Naxos. Nunca. Siempre fue un Jasón vulgar, cualquiera de los que andan viajando en las modernas naves parlantes, el que se dejó avasallar y recibió dos hijos muertos en préstamo de su bárbara esposa. Jasón, ley liberal de los hombres y beatitud del fracaso en la frente de sus visiones hiperbóreas.

Pero, ¿cómo puede llamarse hogar a un chalé de doscientos metros cuadrados en los suburbios ricos? Como buen héroe mitológico, yo también había creído en la lucha de clases y guardaba un poso de rencor que, sin duda, había madurado lo suficiente para echárselo en cara. Mi origen era otro. Yo venía de una familia con casa en el pueblo de habitaciones austeras, misa de domingo en la iglesia de piedra fría, y había desarrollado todo mi innegable potencial en otros suburbios del más allá, donde los chicos no pueden ni soñar con una pista de *paddle* y una novia rica que triunfa bailando por todo el mundo.

La cosa se precipitó cuando la encimera ardiente emitió un quejido bajo mi peso. Una pierna de cordero era todo resto del

vellocino y las lágrimas de la princesa se habían evaporado sobre la vitrocerámica. También de su rostro, gracias a los buenos oficios de Chanel.

Extraído de http://www.lovechat.tk

Lovechat

Encuentra a alguien muy especial cerca de ti

Busca a tu pareja ideal entre un grupo selecto de personas de buen nivel socioeconómico e intelectual. Con el alta como socio en Lovechat tendrás todas las posibilidades para realizar tu búsqueda y seleccionar a la persona más apropiada para tu perfil sobre la base de encuestas científicamente supervisadas por nuestro equipo de psicólogos y sociólogos.

Usuario:	Admeto
Password:	19postum91
Datos personales	
País de residencia:	España
Región:	Madrid
Ciudad:	Madrid
Edad:	37 años
Signo del zodíaco:	escorpión
Nacionalidad:	española
Idiomas:	español, alemán, inglés
Situación de pareja:	en trámites de separación
Para mí, el matrimonio es:	lo guardo para mí
Soy una persona romántica:	lo guardo para mí
Hijos:	ninguno
Quiero hijos:	no
Nivel de estudios:	licenciado o superior
Profesión:	psicólogo
Ingresos:	lo guardo para mí
Fumo:	sí, ocasionalmente
Religión:	lo guardo para mí
Personalidad:	lo guardo para mí

Mi descripción

Aspecto físico:	no me corresponde a mí decirlo
Estatura:	179 cm
Peso:	73 kg
Silueta:	normal
Color del cabello:	castaño
Largo del cabello:	corto
Color de ojos:	marrones
Origen étnico:	europea
Estilo:	despreocupado
Lo más atractivo de mí:	lo guardo para mí

Estilo de vida

Vivo en:	soledad
Comida preferida:	japonesa, italiana, vegetariana
Salidas preferidas:	restaurante, bares/*pubs*, cine, teatro, *ballet*
Aficiones:	música, lectura, viajes
Actividades deportivas:	natación, tenis, squash
Gustos musicales:	clásica, *jazz*, pop-rock
Estilo de películas:	cortometrajes, de autor, dramáticas

3

Todo siempre comienza con un insignificante incidente. Una luz que se apaga antes de tiempo, una fregona que queda sin escurrir, el caparazón de una lavadora en silencio. O una vuelta atrás mal interpretada. Así comenzó mi odisea de alejamiento del hogar, que no abandono. Cuando después de la pelea planté cara a mis problemas con la realidad que era ella. Por las uñas. No entendía nada la dañina. La deriva espiritual de mis últimas tardes con ella todo lo vencía. No tardó en manifestarse la profunda raíz metafísica del divorcio.

Cómo podemos compartir lecho con alguien durmiente, sedado junto al cuerpo que tiembla de emoción elevada, si no estamos juntos en el espíritu. El sueño se resentía una y otra vez de esta desafección. Y me lo susurraba la corriente nocturna. Un río subterráneo que atraviesa Europa desde la Cólquide al Rin ventila los vapores de todas las historias de desamor burbujeante. Un torrente de sangre oscura y pesadillas producidas por una cena demasiado indigesta. Se dice que hay que cenar ligero para que el dios te proporcione sueños tranquilos y reveladores. Pero en esta orilla mía, donde irremisiblemente me había arrastrado la arrogante descreencia y el desprecio de mi mujer, no había vuelta atrás. Decidí tomarme un tiempo de reflexión.

El hombre se sentía sólo como un sustituto. Era su bendición y su desgracia. Quería medrar en la vida, ser reconocido y valorado. Pero, sobre todo, era la idea de la familia la que le obsesionaba. Se encontraba, escribe en una nota de 17 de enero de 200*, en edad de formar

una propia, pero se veía apegado por un extraño sentimentalismo a experiencias que nunca había conocido, a la vez que a los vestigios de su antigua familia, que tenía más de mansoniana –destruida por el alcohol y las sectas religiosas– que de familia española modelo de clase media, como le gustaba decir. Se jactaba de su erudición autodidacta y pretenciosa y de cómo había podido adquirirla pese a su entorno familiar humilde y desarraigado. Y no le cabía duda de que la familia era, quizá como el ejército en tiempos de guerra o en la ocupación militar de un país lejano, la institución más violenta de que se había dotado la raza humana.

De sus frecuentes salidas solitarias por la noche, deambulando de un bar a otro, podemos seguir un cierto rastro en las conversaciones con los camareros, que consignó detalladamente por escrito y fue enviando al despacho. La Navidad de 200* fue especialmente importante según estas notas; se puede situar entonces la ruptura de la pareja que refiere. La Nochebuena de ese mismo año también salió de bares, alejándose de lo poco que quedaba de su vieja familia. Pasó toda la hora de la cena en un triste bar del extrarradio, en uno de los barrios obreros de los que tanto presumía, a dos estaciones de cercanías del chalé. No se sentía a gusto en compañía de sus parientes y temía ensuciarles las fiestas. Escribe en una nota del 25 de diciembre de 200*: «Sentía que me faltaba algo pero no acertaba a darme cuenta de lo que era». Conque al fin, emborrachándose seguramente con vodka, ginebra y *whisky* a la vez, decidió enlazar tren y tren hasta la gran estación de largo recorrido, y no parar hasta luego tomar un avión, y otro después, y los más diversos medios de locomoción, terminando por dirigirse al lugar más lejano que le indicaban sus absurdas intuiciones. Cualquiera que se le pasase por la cabeza, afectado por «un ardor que apaga la sed inextinguible que me agita» (nota de enero del año siguiente, enviada por correo electrónico desde un aeropuerto londinense).

4

¿Por qué te vas a México?, me preguntó al fin. Había estado hablando, entre copas y música a última hora de aquella fiesta con el único al que podía llamar mi amigo. Menos mal que había llegado él, pensaba yo, para darme cuenta de lo que estaba pasando. La fiesta de aquella amiga de mi mujer hubiera sido insoportable de otra manera. Una de esas inauguraciones de nuevos apartamentos y nuevas parejas, una *house warming party*, como le gustaba decir pomposamente a mi mujer, que no presagiaba nada bueno. Claro que, después de la pelea, ella no quiso aparecer por allí.

Lo pensé un buen rato antes de contestarle. No tenía ningún motivo claro. Ante todo el mundo había estado balbuciendo torpes excusas: «Me voy como demostración de poder»; «porque puedo»; «porque me da la gana»; «porque soy yo». Aún resuenan entre mis sienes los ecos de esa fiesta. Y de las otras. ¿Por qué te vas a México?, se repite la pregunta en mi cabeza, ¿Por qué te vas a México?

Así que, como toda respuesta, tuve que contarle a mi amigo un negro pensamiento que, tal vez producto de un sueño o de una alucinación alcohólica, se había hecho una frecuente en aquellos días. Me veía al volante de un coche antiguo y de línea afilada, recorriendo una larga carretera trazada con doble línea amarilla, siempre continua y recta. Sin embargo, el cuentakilómetros del coche no funcionaba y a mí me ardía el pecho furiosamente. Era un ardor difícil de explicar. No podía respirar y enseguida me di cuenta de que tenía bajo la camisa una ruedecita que marcaba los kilómetros. Brotaba de la carne de mi pecho liso y lampiño limpiamente. Era uno de esos viejos cuentakilómetros con los números blancos sobre ruedas de diverso

color, según marcaran la unidad o las decenas, y cuyo fondo era rojo y negro, respectivamente. Por extraño que pareciera, sólo contaba estas últimas.

Ya no hay más excusas. Busco la huida libre como en otro tiempo la caída. Me lanzo a toda velocidad por un túnel oscuro y engrasado, una sucia válvula de escape metropolitana que antes iba a Villaverde y ahora no saldrá más de los horizontes de ese país soñado, con la ansiedad de ir devorando las millas que marcan mi persona y mi pensamiento.

5

Todo comienza siempre por un grifo mal cerrado, una taza de váter levantada; señales de que la convivencia nos revela la verdad. Ella tiene sus fiestas, sus trucos retóricos y sofisticados de artista consagrada. Ha llegado alto en su carrera. Bailarina de danza española de éxito internacional en el *ballet* de Bruselas. Vida pasada feliz. Profesional respetada. Pero no era el grifo ni la envidia lo que hacía nuestro caso. ¿Por qué no podría escucharme cuando le hablaba de la otra realidad? No comprendía el trecho matemático que me torturaba, la ecuación diferencial del sufrimiento, el peso de Dios, la distancia entre el alma y el cuerpo, el susurro de un río lleno de muertos al oído. Es difícil decirlo cuando me tiemblan las sienes. Y el mal aguarda a cada pequeño detalle. Todo comienza siempre así, con cada juguete en desorden de la habitación del hijo que nunca tuve con ella.

Con ocasión de aquella fiesta, al hombre le entró una tremenda crisis existencial, seguramente relacionada con el reciente abandono de su casa. Fue unos dos meses después de su primera consulta, tres meses y medio después de la fecha de su primera nota. Se cuestionaba diversos aspectos de su persona y de sus relaciones sociales hasta el momento; por ejemplo, si su actuación con respecto al hijo pequeño de su pareja era la adecuada o si podía ser malinterpretada (quién sabe en qué sentido). También hablaba a menudo del rendimiento sexual de un adolescente, que podría satisfacer a una mujer madura mejor y más a menudo que una persona de mediana edad, entre otros temas que le obsesionaban. Fue una

temporada la que le duró, por lo menos, un par de semanas a lo largo de las cuales vino a menudo al despacho. Entonces comencé a darme cuenta del tipo de problemas que podía llegar a generar. A veces no se atrevía a subir y se quedaba esperando abajo, junto al cuarto de los contadores y los cubos de basura, garabateando en cualquier pedazo de papel listas de objetivos y agravios, horarios de su mujer o planos que luego me pasaba como si fueran información de gran importancia. Pero casi siempre remitía sus memorandos por correo o internet. Un día dibujó una curiosa lista en la hoja parroquial de una iglesia de barrio obrero. En ella se proporcionaban materiales inclasificables, textos, fórmulas ceremoniales en latín y diagramas obscenos para sostener una nueva herejía cristiana que alteraba los misterios de la eucaristía de una forma aberrante y relacionaba la salvación del alma con los ciclos menstruales de las mujeres. Obviamente, decidí empezar a guardar esas notas a partir de ese momento.

6

Muchas veces me ha parecido que un dios pequeño y alojado detrás de mi oreja vigilaba para ver cómo reaccionaba, si daba una patada o un puñetazo a la puerta. El avión cruza el Atlántico hacia la nueva fe de la serpiente emplumada. Solo y a prueba, como uno de esos coches nuevos en rodaje que suelen dar malas sorpresas, necesito hallar una solución definitiva a mis problemas a partir del paisaje. Cuando estoy en ese noviembre húmedo y desapacible del alma que incitaba a los balleneros a embarcarse, yo por mi parte tomo un avión transoceánico hacia algún lugar de oferta. Cada vez más me sorprendo a mí mismo como una imagen congelada, paralizado ante la procesión del cortejo fúnebre de la vida, y de forma curiosamente festiva tomo la decisión de transportar mi carne sobre el aire. Como dijo ella, salgo de viaje para curar mi alma. El viaje comienza a cambiármela desde la propia idea de la carne. El espacio delimita el ser de una manera coercitiva. Es una reflexión que surge al constatar cómo se eclipsan los objetos y los sentimientos a la vez en un determinado espacio físico enmarcado en una osamenta cualquiera. Poco a poco noto cómo mi lenguaje se va haciendo más abstracto e ininteligible conforme pasan las horas y voy cambiando de espacio vital. Pienso en clave numérica y la lengua lo refleja. El yo, como expresión de los objetos sólidos que nos rodean y de entes translúcidos y peligrosos, cambia de forma y tonalidad dependiendo del espacio que lo alberga. Puedo pasar de tener una piel rosada y tersa a la irisación más espantosa. La cruel deformidad de mis extremidades interiores refleja la de mis anhelos. Todo ello se pone de manifiesto de forma diferente en función del espacio por donde extiendo mi triste colección de huesos. Solo, y

tras subir al avión, me siento en ventanilla y respiro hondo. La presión sume mis sienes en una contracción necesaria de los parietales, del engranaje de los pequeños huesos del oído interno. Un grupo numeroso de personas hablan animadamente, ríen, se sacan fotos. Me siento enternecido por lo insoportable que puede ser la felicidad corporal, el aroma penetrante de la euforia de un *resort* playero, un lugar de ocio prefabricado para contactos personales programados de antemano. En este momento es más obvia mi situación. No puedo hacer otra cosa que pensar en el cuerpo de mi mujer, cuando late sacudido por groseras carcajadas, como las de estas personas. No es fácil sostener la felicidad sin apoyos externos. Yo, por mi parte, lo intento con ayuda de ese pequeño dios oscuro que me vigila detrás de la oreja.

7

Desde el aeropuerto de la inconcebible ciudad tomé el autobús para ir al centro. Era una máquina también metálica y cromada, como las que sólo pueden atravesar un desierto o un cuerpo humano. Había espacio para dejar las maletas. Éramos pocos, pero pronto se empezó a llenar de gente según pasábamos por cada estación de los suburbios en dirección a la ciudad. Los equipajes, a cada parada, entrechocaban ruidosamente. En un momento, se sentó delante de mí una familia que sin duda había ido a pasar el día al campo. Eran los dos, el padre y la madre, jóvenes, no más de treinta años, de piel cobriza, pequeños de estatura, como mucha gente que había subido conmigo a bordo del vehículo. Tenían un hijo, de no más de 12 años de edad, y otro que andaría por los dos, y un tercero recién nacido, ocupando con ellos cuatro asientos consecutivos. Vestían ropas baratas, imitando la moda norteamericana, camisetas con logos llamativos pero que carecían de significado o equivalencias con empresas reales, gorras de béisbol, playeras falsas. Sonreían excesiva, desmesuradamente, para el tamaño de sus cráneos.

Reparé en el gorrito del bebé, que tenía orejas de oso, y en los calcetines del niño mayor, que representaban a Winnie the Pooh —a quien yo también había conocido en otra vida, cuando niño, en sus aventuras feéricas— ataviado con alas, arco y flechas, como si fuera un cupido infantil. Pensé que era extraño que un niño tan mayor siguiera llevando esos calcetines. Los padres no paraban de hacerse caricias y cogerse de la mano, tal vez tranquilizándose uno al otro tras el alboroto inicial al subirse al autobús. Poco a poco, se fueron quedando dormidos los cinco miembros de la familia. El mayor en los asientos de atrás, los padres en los de delante. La madre en el de la

izquierda, el asiento del pasillo, sosteniendo en brazos al bebé, y el padre en el de la derecha, ventanilla, con su otro pequeño sobre las rodillas, reposando sobre su vientre. Sin duda había sido una jornada agotadora. A la vez, el padre dormía tranquilo pasándole el brazo izquierdo en torno al cuello de la madre. Y así, dormidos los cinco de forma beatífica, formaban un retablo antiguo e inmóvil que, sin embargo, no inspiraba ternura. Más bien parecía un extraño pastel de gelatina que se agitaba espasmódico en torno a algún centro gravitatorio desconocido. Yo los miraba con una vaga angustia desde mi asiento, en la fila izquierda del autobús. Los veía como desde detrás de una gasa transparente pero pesada, que separaba mi mundo del suyo. Y daba gracias retóricamente porque a mí me estuviera vedada esa forma de felicidad animal.

La familia no era más que un recuerdo oscuro de la niñez. Un enorme sofá verde en el que dormitaba un grupo unido por la carne y los otros alimentos, después de comer, mientras la televisión de un día festivo zumbaba de fondo. Era ese dormir y temblar colectivamente lo que definía en mi cabeza la familia. Y la visión del autobús me resultaba especialmente intolerable. En aquella confusión primordial de la siesta familiar, todos los miembros del grupo reposaban juntos, apoyados los unos en los otros, entrelazando piernas, brazos, apoyándose cabezas en cuerpos ajenos. En ese autobús traqueteante, entre el armazón de hierro y plásticos, respiraba en calma un organismo que me era atrozmente familiar. Yo les miraba con sorpresa e indignación. Pensaba en mi mujer, quizá pronto ex mujer, y en el niño. Siempre había tenido que soportar todo tipo de comentarios sobre esa familia. Sólo que... Nos faltaba la extraña intimidad de la carne dormida.

El hombre estaba enterrando a su padre cuando recibió la carta de convocatoria. La asesoría jurídica le había enviado una citación para

que compareciera el día 24 a un acto de conciliación con su mujer, cuando aún creíamos que era posible un acuerdo entre las partes y que G. G. F. parecía un cliente usual de uno de tantos conflictos matrimoniales. Supongo que el hecho de afrontar dos situaciones difíciles a la vez hizo que algo se quebrara definitivamente en su interior. No podemos saber qué impulsó a F. a tomar aquel vuelo hacia México. Los informes de la policía hablaron posteriormente de importantes destrozos en su domicilio. Al parecer entró hecho una furia y se dirigió adonde sabía que estaban las reliquias de su mujer.

8

Una noche desapacible, de culpa y fango en mis sueños. Ya ha pasado todo el huracán, la temporada de lluvia de llaves, ropas y objetos personales. Aún quedaba una llovizna de notitas de amor o dedicatorias que empañaban los vidrios del autobús legendario en que viajaba y distorsionan mi visión del mundo. Así es que los cristales parecían deformar el exterior con chorros de aguacero, restos del pasado, pero en el fondo sé que lo que se me está deformando es el interior. Pasaban veloces a la vista las palmeras y flamboyanes, ellos sí están íntegros en su sucesión. Yo, en mi interior, me desintegraba. Perdía la forma, el color, la identidad dentro de esta caja de latón donde me pudría junto a otros seres innominados. Y las noches son de temer.

El único arreglo para esta situación es un especialista en la muerte o en el espíritu que pueda tratarme, que me cure. Salgo a las calles mal iluminadas. En este lugar la gente es tan diferente a lo que conozco que enseguida me identifican esa necesidad. Lo que necesito lo llevo tatuado en la cara. Me persiguen sus ojos negros y pequeños. Conocen el mal del alma grande que anida en mis sienes y me canturrean posibles curas.

Ya es la noche. Luces intermitentes y reclamos que me llevan a un bar de los suburbios, no lejos de la colonia universitaria. Son jóvenes y modernos. Saben que soy europeo y que busco. Bebemos y no nos divertimos. Espero al momento apropiado para hablarles del más allá; uno nunca sabe cuando es oportuno y si los interlocutores comprenderán. Hay un grupo de hombres con ropas vaqueras que bebe ruidosamente del otro lado de la barra; los estudiantes se acercan a ellos y me presentan.

Luego bebo e inconscientemente pienso en todas las veces que intenté curarme en España. Recuerdo que una vez me dirigí a un monasterio en la pura roca de la montaña catalana. Allí recé y me santigüé hasta las agujetas. A mi regreso, con algo de esperanza, lo único que ella me espetó en su desprecio fue: «Tú y tus chamanes». Pero juro que no había probado nada, como aquella otra vez que me dieron una infusión de ayahuasca o peyote para lograr la limpieza del mal. Eso fue en un chalé de la sierra, cerca de las pistas de esquí. Comencé venerando un *late talk show* surrealista en el que el presentador y su traje cardenalicio transformaban sus rasgos básicos de buena persona gradualmente, hasta llegar a ser un *golem* de barro carnoso. Las azafatas del programa y los invitados, celebridades anónimas, me revelaban verdades profundas. Cuando por fin se quebró la frágil frontera entre uno y otro lado de la pantalla, mi fe en aquellos muñequitos —ya desparramados ante mis ojos— se tornó delirante. Por desgracia no estaba solo, y la compañía que había comulgado en aquella casa de la sierra maldecía a Dios y al demonio y se contagiaba visiones y experiencias poderosas que apenas recuerdo ya: una montaña humana y llorosa, una funda de metal femenino que sostenía a su hijo, una esquina devoradora de durmientes, un enorme caracol que nos arrancaba la piel a tiras en su espiral succionadora. Me pasé cinco horas riendo y cinco llorando. Pero tampoco me sirvió de nada.

Extraído de http://www.lovechat.tk

Lovechat Encuentra a alguien muy especial cerca de ti.

Mi búsqueda

El lugar donde vive:	indiferente
Su edad:	de 20 a 30 años
Su estatura:	de 157 a 173 cm
Su peso:	mínimo 49 kg. Máximo 63 kg

Su silueta:	delgada, atlética
El color de su cabello:	blanco, rubio, castaño, gris, rojo
El color de sus ojos:	azules, grises, verdes, otros
Su origen étnico:	europea
Su estilo:	pijo, clásico, a la moda, negocios, despreocupado, deportivo
Su nacionalidad:	indiferente
Su estado civil:	no casada nunca
¿Con hijos?:	no, ninguno
¿Quiere hijos?:	sí, número aún no decidido
Su nivel de estudios:	licenciado o superior, otros
Su profesión:	indiferente
Sus ingresos:	indiferente
¿Fuma?:	mejor no